

ARTÍCULOS

Ariel (1900)

LUIS JIMÉNEZ MORENO
Universidad Complutense de Madrid

LO mismo que *Azul* de Rubén Darío, en 1888, significa la proclama del modernismo en poesía, la aparición de *Ariel* de José Enrique Rodó, en 1900, podemos considerarla como el gran hito del modernismo en prosa, aunque no fuera el único.

Ariel puede admirarse y examinarse literariamente como pieza bellísima, de arquitectura elegante, de recursos esplendorosos, pero interesa verlo mucho más como proyecto de pensamiento, ideal de cultura, expresión de identidad ibero-americana que toma conciencia de sí misma, que ahonda en sus raíces y proyecta una realización profunda, recia y bella de personalidad humanista. *Ariel* es un paradigma de expresión bella con hondura humana de pensamiento y lanzamiento de la juventud americana a la grandeza, la belleza y la verdad.

José Enrique Rodó escribe *Ariel*, “el espíritu del aire” dedicado a la juventud de América, en un momento de afirmación, reflexión y proyecto para invitar, despertar y llevar a cabo una realización vigorosa de sus vidas, una construcción armoniosa de una sociedad fuerte y animosa para la creación de una cultura con personalidad propia que plante sus monumentos en la Historia del mundo.

1. El símbolo

Ariel, genio del aire, es la figura ideal en la tragedia shakespeariana de *La Tempestad*. Ariel, representa el ideal de vida que anima Próspero. El sabio maestro que enseña, educa y motiva, admirando la estilizada estatua, con los modos que Rodó quiere hacer presentes en la juventud americana.

“Ariel, genio del aire, representa, en el simbolismo de la obra de Shakespeare, la parte noble y alada del espíritu. Ariel es el imperio de la razón y el sentimiento sobre los bajos estímulos de la irracionalidad; es el entusiasmo generoso, el móvil alto y desinteresado en la acción, la espiritualidad de la cultura, la vivacidad y la gracia de la inteligencia; el término ideal a que asciende la selección humana, rectificando en el hombre superior los tenaces vestigios de Calibán, símbolo de sensualidad y de torpeza, con el cincel perseverante de la vida”.

La preciosa estatua de Ariel que preside el encuentro del maestro con sus discípulos abre simbólicamente, como genio del aire, ante las inmensas posibilidades de los jóvenes, la llamada a la elevación, la movilidad inquieta, la amplitud de la presencia,

el entusiasmo intenso y la realización de grandiosas obras de la vida espiritual y culta, sin perder de vista el contraste de Calibán, símbolo de sensualidad y de torpeza, motor de bajos estímulos de la irracionalidad y de cortedad de miras.

Así presentado Ariel en los comienzos, se perfecciona en resultado de la obra, en nombre de la vida y la esperanza, inspirándose el autor en la imagen dulce y serena del símbolo. “Ariel es la razón y el sentimiento superior. Ariel es este sublime instinto de perfectibilidad, por cuya virtud se magnifica y convierte en centro de las cosas, la arcilla humana a la que vive vinculada su luz - la “miserable arcilla” de que los genios de Arimanes hablaban a Manfredo. Ariel es, para la naturaleza, el excelso coronamiento de su obra, que hace terminarse el proceso de ascensión de las formas organizadas, con la llamada del espíritu. Ariel triunfante, significa idealidad y orden en la vida, noble inspiración en el pensamiento, desinterés en moral, buen gusto en el arte, heroísmo en la acción, delicadeza en las costumbres”.

2. A la juventud americana

Desde el simbolismo arielico, descrito con trazos preciosistas, el pensador uruguayo mira al horizonte de la praxis, de la transformación, como los filósofos contemporáneos, acentuando la dimensión estética que es propia de los pensadores vitalistas.

El símbolo de Ariel “hace terminar el proceso de ascensión de las formas organizadas, con la llamada del espíritu”. José Enrique Rodó quiere poner en pie a la juventud de América para asumir su tarea, excitar su entusiasmo y su empeño en la construcción de una identidad cultural grandiosa. Es momento de despertar. “Animados por ese sentimiento, entrad, pues, a la Vida, que os abre sus hondos horizontes, con la noble ambición de hacer sentir vuestra presencia en ella desde el momento en que la afrontéis con la altiva mirada del conquistador. Toca al espíritu juvenil la iniciativa audaz, la genialidad innovadora. Quizá universalmente, hoy, la acción y la influencia de la juventud son en la marcha de las sociedades humanas menos efectivas e intensas que debieran ser”.

Se trata de suscitar una vigorosa resurrección de las energías de la voluntad, en generaciones humanas que devuelvan a la vida un sentido ideal, un grande entusiasmo. “¿Será de nuevo la juventud una realidad de la vida colectiva, como lo es de la vida individual?”

Los países de América, pasados los años fervorosos de su lucha por la independencia, no pueden quedarse en la inercia de dejarse llevar, ni tampoco hundirse en una depresión inactiva de desaliento, “sino de la posibilidad de llegar a un término mejor por el desenvolvimiento de la vida, apresurado y orientado mediante el esfuerzo de los hombres. La fe en el porvenir, la confianza en la eficacia del esfuerzo humano, son el antecedente necesario de toda acción enérgica y de todo propósito fecundo”.

Esta disposición de la juventud, la piensa Rodó como un instinto, presente sin duda, “dejando actuar en el fondo de vuestro ser la sugestión divina de la Naturaleza”. Cuando se considera un optimismo paradójico por el dolor de la situación depresiva de sus pueblos, siente la juventud, el anhelo varonil de la lucha para conquistar o recordar el bien que él nos niega, como acerado acicate de la evolución, el más poderoso impulso de la vida, en cuanto vigilante estímulo de la acción, impidiendo enervarse nuestra sensibilidad en el adormecimiento del ocio”.

La noble ambición, el gran entusiasmo y toda acción enérgica, encaminarán a las generaciones presentes a la plenitud de vuestro ser. “Aspirad, pues, a desarrollar en lo posible, no un solo aspecto, sino la plenitud de vuestro ser. No os encojáis de hombros delante de ninguna noble y fecunda manifestación de la naturaleza humana, a pretexto de que vuestra organización individual os liga con preferencia a manifestaciones diferentes. Sed espectadores atentos allí donde no podáis ser actores”.

Con esta orientación se acentúa la fuerza de la educación espiritual creadora de hombres excelentes, sin quedarse minoradas en los fines exclusivamente utilitarios. Podemos inscribir aquí, en paralelo, el espíritu de afirmación, de grandeza y de creatividad que entona Rubén Darío en *Cantos de vida y esperanza*, dedicados a José Enrique Rodó, como en *Salutación del oprimista*:

“ ... Un vasto rumor llena los ámbitos;
Mágicas ondas de vida van renaciendo de pronto;
retrocede el olvido, retrocede engañada la muerte,
se anuncia un reino nuevo, feliz sibila sueña,
y en la caja pandórica de que tantas desgracias surgieron
encontramos de súbito, talismánica, pura, riente,
cual pudiera decirla en sus versos Virgilio divino,
la divina reina de luz, ¡la celeste Esperanza!

Reclamando también la soberanía propia en historia, territorio y lengua de la América Hispana, para las hazañas propias, sin sometimiento ni deprimente dependencia:

“ Un continente y otro renovando las viejas prosapias,
en espíritu unidos, en espíritu y ansias y lengua,
ver llegar el momento en que habían de cantar nuevos himnos.
La estirpe latina verá la gran alba futura:
en un trueno de música gloriosa, millones de labios
saludarán la espléndida luz que vendrá del Oriente,
Oriente agosto, en donde todo lo cambia y renueva
la eternidad de Dios, la actividad infinita.
Y así sea Esperanza la visión permanente en nosotros,
¡ínclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda!”

Proclamas de invitación a la acción audaz, al entusiasmo y al estímulo en realizaciones grandiosas propias, no vendidos al vulgar utilitarismo. “Yo os ruego que os defendáis,

en la milicia de la vida, contra la mutilación de vuestro espíritu por la tiranía de un objetivo único e interesado. No entreguéis nunca a la utilidad o a la pasión, sino una parte de vosotros. Aun dentro de la esclavitud material hay la posibilidad de salvar la libertad interior: la de la razón y el sentimiento. No tratéis, pues, de justificar, por la absorción del trabajo o el combate, la esclavitud de vuestro espíritu.”

Sin eludir los problemas que se nos presenten, sino afirmándolos con “nuestra fuerza de corazón que ha de probarse aceptando el reto de la Esfinge”, porque “Ninguna firme educación de la inteligencia puede fundarse en el aislamiento candoroso o en la ignorancia voluntaria.”

Porque aparecen los pueblos de América en aislamiento, leemos en Ariel, “yo creo ver expresada en todas partes la necesidad de una activa revelación de fuerzas nuevas; yo creo que América necesita grandemente de su juventud. He aquí por qué os hablo.” Pero la imaginación de quien habla quiere llevar a sus lectores, a los jóvenes de América, a las estancias del rey legendario en donde sus miradas se volvían a lo interior y se bruñían en la meditación sus pensamientos, actuando “en el escenario de vuestro mundo interior”, llegando a sentenciar: “Sólo cuando penetréis dentro del inviolable seguro podréis llamaros, en realidad, hombres libres.”

Despertar el entusiasmo en la juventud, con la tarea hacia el ideal ariético, lo apuntala el autor en las últimas páginas con contundencia: “Aun más que para mi palabra, yo exijo de vosotros un dulce e indeleble recuerdo para mi estatua de Ariel. Yo quiero que la imagen leve y graciosa de este bronce se imprima desde ahora en la más segura intimidad de vuestro espíritu.”

3. Atenas. Ideal de cultura.

El modelo ariético de sociedad para Rodó es Atenas. “La belleza incomparable de Atenas, lo imperecedero del modelo legado por sus manos de diosa a la admiración y encanto de la humanidad, nacen de que aquella ciudad de prodigios fundó su concepción de la vida en el concierto de todas las facultades humanas, en la libre y acordada expansión de todas las energías capaces de contribuir a la gloria y al poder de los hombres. Atenas supo engrandecer a la vez el sentido de lo ideal y de lo real, la razón y el instinto, las fuerzas del espíritu y las del cuerpo.”

No es principalmente el ornamento de sus templos, sus columnas y sus estatuas lo que admira idealmente, sino la formación integral de sus ciudadanos. “Cada ateniense libre describe en derredor de sí, para contener su acción, un círculo perfecto, en el que ningún desordenado impulso quebrantará la graciosa proporción de la línea. Es atleta y escultura viviente en el gimnasio, ciudadano en Pnix, polemista y pensador en los pórticos. Ejercita su voluntad en toda suerte de acción viril y su pensamiento en toda preocupación profunda. Por eso afirma Macaulay que un día de la vida pública de Atenas es más brillante programa de enseñanzas que lo que hoy calculamos para nuestros modernos centros de instrucción. Y de aquel libre y único florecimiento de la

plenitud de nuestra naturaleza, surgió el *milagro griego*, una inimitable y encantadora mezcla de animación y serenidad, una primavera del espíritu humano, una sonrisa de la historia.”

Atenas, ideal de cultura, una sonrisa de la historia se la ve dinámicamente en los atenienses libres, activos y creadores sobre todo, en la conformación de plenitud natural, en la maravillosa armonía de cuerpo y espíritu. Es la indicación del modelo al que invitaba Próspero a pretender y realizar a sus discípulos, a los jóvenes de América, para quienes escribe Rodó. Porque “Grecia es el alma joven. Cuando Grecia nació, los dioses le regalaron el secreto de su juventud... Grecia hizo grandes cosas porque tuvo, de la juventud, la alegría, que es el ambiente de la acción, y el entusiasmo, que es la palanca omnipotente.”

Porque “la divergencia de vocaciones personales imprimirá diversos sentidos a vuestra actividad, y hará predominar una disposición, una actitud determinada en el espíritu de cada uno de vosotros. Los unos hombres de ciencia; los otros seréis hombres de arte; los otros seréis hombres de acción. Pero por encima de los efectos que hayan de vincularos individualmente a distintas aplicaciones y distintos modos de vida, debe velar, en lo íntimo de vuestra alma, la conciencia de la unidad fundamental de nuestra naturaleza, que exige cada individuo humano sea, ante todo y sobre toda otra cosa, un ejemplar no mutilado de la humanidad, en el que ninguna noble facultad del espíritu quede obliterada y ningún alto interés de todos pierda su virtud comunicativa. Antes que las manifestaciones de profesión y de cultura está el cumplimiento del destino común de los seres racionales. ‘Hay una profesión universal, que es la de hombres’, ha dicho admirablemente Guyau.”

Ante todo ser *hombres en plenitud*, manteniendo la diversidad en la aplicación de cada uno, realizando “las prendas del espíritu joven -el entusiasmo y la esperanza- que corresponden, en las armonías de la historia y de la naturaleza, al movimiento y a la luz. Adonde quiera que volváis los ojos, las encontraréis como el ambiente natural de todas las cosas fuertes y hermosas.”

Junto con la acción audaz y en esa plenitud del espíritu, con la fuerza de la razón y del sentimiento, sobresale el sentimiento de lo bello. Su admiración de Atenas lo es también por su plasmación de la belleza. “La emoción de la belleza es el sentimiento de las idealidades como el esmalte del anillo.” Lo cual nos lo pone a la vista la formación armónica, los movimientos rítmicos y la riqueza en la palabra y en el pensamiento de los atenienses.

“Pero como ni la libertad ni la virtud necesitan guardarse en caja de plomo, mucho más que todas las realidades de ascetas y de puritanos, valdrán siempre, para la educación de la humanidad, la gracia del ideal antiguo, la moral armoniosa de Platón, el movimiento pulcro y elegante con que la mano de Atenas tomó, para llevarla a los labios la copa de la vida.”

Mira a los atenienses, con su formación perfecta gimnástica y musical como maravillosa armonía. El ideal estético en la educación como sugieren las Cartas de Schiller, en el mismo despliegue de la racionalidad humana. “De todos los elementos superiores

de la existencia racional, es el sentimiento de lo bello, la visión clara de la hermosura de las cosas, el que más fácilmente marchita la aridez de la vida limitada a la invariable descripción del círculo vulgar, convirtiéndolo en el atributo de la minoría que lo custodia, dentro de cada sociedad humana, como el depósito de un precioso abandono. La emoción de la belleza es el sentimiento de las idealidades como el esmalte del anillo.”

El alto valor de la belleza en la formación, en la realización de cada uno y en la cultura de la convivencia no es apreciado simplemente por cualquiera, por lo que se hace preciso, sentir, despertar ese sentimiento educacionalmente como elevación del ciudadano, como creación de la cultura convivencial. Rodó comenta el diferente aprecio que hicieron Jesús y Judas del precioso unguento que Magdalena derramó sobre los cabellos del Cristo. “El argumento del apóstol traidor ante el vaso de nardo derramado sobre la cabeza del Maestro. ... La superficialidad del arte no vale para la masa anónima los trescientos denarios. ... Y sin embargo entre todos los elementos de educación humana que pueden contribuir a formar un amplio y noble concepto de la vida, ninguno justificaría más que el arte un interés universal, porque ninguno encierra -según la tesis desenvuelta en elocuentes páginas de Schiller- la virtualidad de una cultura *extensa* y completa, en el sentido de prestarse a un acordado estímulo de todas las facultades del alma.”

La excelencia de una educación estética conformaría la mejor disposición de comportamiento moral, el ennoblecimiento del conocer la verdad y tender hacia el bien, la buena convivencia en el aprecio de la justicia. “Dar a sentir lo hermoso es obra de misericordia. Aquellos que exigirían que el bien y la verdad se manifestasen invariablemente en formas adustas y severas, me han parecido siempre amigos traidores del bien y de la verdad. La virtud es también un género del arte, un arte divino; ella sonríe maternalmente a las Gracias.”

Tiene asimismo realce estético “un delicado instinto de justicia”. Platónicamente, explicaría con su mejor propiedad esta noción, como la traduciría Fray Luis de León con la palabra “concierto”. “Considerad al educado sentido de lo bello el colaborar más eficaz en la formación de un delicado instinto de justicia. La dignificación, el ennoblecimiento interior, no tendrán nunca artífice más adecuado. Nunca la criatura humana se adherirá de más segura manera al cumplimiento del deber que cuando, además de sentirlo como una imposición, le sienta estéticamente como una armonía. Nunca ella será más plenamente buena que cuando sepa, en las formas con que se manifieste activamente su virtud, respetar en los demás el sentimiento de lo hermoso.” Apareciendo admirablemente conjuntado el admirable ideal de los griegos *kalós kai agazós* (juntos lo bello y lo bueno).

Podríamos resaltar como el ideal cultural ariético, tan finamente reflejado en Atenas, en el humanismo mediterráneo, un movimiento de libertad, aristocracia del pensamiento, la nobleza del arte y fuerte aborrecimiento de la chatura estética. A cuyas ideas se suma el poeta nicaragüense en los poemas dedicados a José Enrique Rodó, como lo expresa en su “Prefacio”: “Mi respeto por la aristocracia del pensamiento,

por la belleza del Arte, siempre es el mismo. Mi antiguo aborrecimiento a la mediocridad, a la madurez intelectual, a la chatura estética, apenas si se aminora hoy con una razonada indiferencia.”

Y su expresión en verso:

“Vida, luz y verdad, tal triple llama
produce la interior llama infinita;
el Arte puro como Cristo exclama:
Ego sum lux et veritas et vita.”

Podemos ver este ideal de perfección y plenitud significado en la maravillosa estatua de Ariel que preside la escena “en nombre de la vida misma y la esperanza, yo os pido una parte de vuestra alma para la obra del futuro. Para pedíroslo, he querido inspirarme en la imagen dulce y serena de mi Ariel. El bondadoso genio en quien Shakespeare acertó a infundir, quizá con la divina inconsciencia frecuente en las adivinaciones geniales, tan alto simbolismo, manifiesta claramente en la estatua su significación ideal, admirablemente traducida por el arte en líneas y contornos.”

4. Afirmación del humanismo mediterráneo

Despertar el entusiasmo, admirar el ideal cultural de Atenas, gozar con el atletismo y la grandeza del espíritu de los atenienses ha de hacerse vida en los pueblos y en los hombres de la América latina, esa “nación de repúblicas” bolivariana, “nuestra América” que llamaba José Martí. “Patria es para los hispanoamericanos, la América española. -Escribe Rodó en *El Mirador de Próspero*-. Dentro del sentimiento de la patria cabe el sentimiento de adhesión, no menos natural e indestructible, a la provincia, a la región, a la comarca; y provincias, regiones y comarcas de aquella gran patria nuestra son las naciones en que ella políticamente se divide. Por mi parte, siempre lo he entendido así.”

La mira del autor de *Ariel* está siempre en la realización afirmativa y la creación de cultura excelsa de los pueblos americanos, distinguiendo los de habla española de los “fuertes y poderosos de origen y cultura anglosajona”.

José Enrique Rodó invoca con emoción “la América que nosotros soñamos” ante los jóvenes, porque “el honor de vuestra historia futura depende de que tengáis constantemente ante los ojos del alma la visión de esa América regenerada, cerniéndose de lo alto sobre las realidades del presente, como en la nave gótica el vasto rosetón que arde en luz sobre lo austero de los muros sombríos. No seréis fundadores, quizá; seréis los precursores que inmediatamente la precedan.”

Es su mente soñadora de esa grandeza en plenitud de los pueblos, con la esperanza de verla lograda en un futuro, y ese gran atractivo es digno del más noble afecto. “Todo el que se consagre a propagar y defender, en la América contemporánea, un

ideal desinteresado del espíritu -arte, ciencia, moral, sinceridad religiosa, política de ideas-, debe educar su voluntad en el culto perseverante del porvenir. El pasado perteneció todo entero al brazo del combate; el presente pertenece, casi por completo también, al tosco brazo que nivela y construye; el porvenir -un porvenir tanto más cercano cuanto más enérgicos sean la voluntad y el pensamiento de los que le ansían- ofrecerá, para el desenvolvimiento de superiores facultades del alma, la estabilidad, el escenario y el ambiente.”

Es una ambición, un anhelo de ver realizada en su patria, en la nación de repúblicas americanas, el esplendor cultural que él admiró en la monumental Atenas, por eso lanza su ideal de la personalidad latinoamericana: “Falta tal vez, en nuestro carácter colectivo, el continuo seguro de la ‘personalidad’. Pero en ausencia de esa índole perfectamente diferenciada y autonómica, tenemos -los americanos latinos- una herencia de raza, una gran tradición étnica que mantener, un vínculo sagrado que nos une a inmortales páginas de la historia, confiando a nuestro honor su continuación en lo futuro. El cosmopolitismo, que hemos de acatar como una irresistible necesidad de nuestra formación, no excluye ni ese sentimiento de fidelidad a lo pasado, ni la fuerza directriz pasmante con que debe el genio de la raza imponerse en la refundación de los elementos que constituirán el americano definitivo del futuro.”

Propone el afianzamiento en las raíces, invocando las inmortales páginas de la historia que mantenga en vigor el genio de la raza. No es por tanto la aglomeración de procedencias para engrandecer la población americana, el genio de la raza en los pueblos de América, como lo fuera en la Península Ibérica, es la grandeza del espíritu, las páginas inmorales que nos legaron los genios de la lengua, transportando el humanismo mediterráneo que con tanta fuerza y con tanta gracia ha reavivado el esplendor de Atenas.

Para hacer entrar a los jóvenes de su patria en ese esplendoroso proyecto de futuro, describe los rasgos de su ideal democrático en oposición a la también grande, en otro sentido, democracia de América del Norte, que también pudiera encandilar las aspiraciones de algunos americanos del Sur. Me gustaría analizar este contraste rodoano para no caer en la América *deslatinizada*, oponiendo los límites de la razón, del sentimiento a la *nordomanía*.

“Se imita a aquél en cuya superioridad o cuyo prestigio se cree. Es así como la visión de una América *deslatinizada* por propia voluntad, sin la extorsión de la conquista, y regenerada luego a imagen y semejanza del arquetipo del Norte, flota ya sobre los sueños de muchos sinceros interesados por nuestro porvenir, inspira la fruición con que ellos formulan a cada paso los más sugestivos paralelos y se manifiesta por constantes propósitos de innovación y de reforma. Tenemos nuestra *nordomanía*. Es necesario oponerle los límites que la razón y el sentimiento señalan de consumo.”

Se enfrentan los símbolos shakespearianos de Ariel y Calibán, la razón y el sentimiento por una parte, el utilitarismo y la plutocracia por otra. La América *latinizada*

del espíritu enfrente de la América de la utilidad y del dinero. De una y otra posición recogemos los rasgos significativos.

Su punto de partida será una democracia que haya allanado las desigualdades injustas, y puede aparecer la revelación y el dominio de las *verdaderas* superioridades humanas”, que para Rodó significa *una democracia noble y justa*. Por lo que sugiere “... insistir en la concepción de una democracia noble, justa; de una democracia dirigida por la noción y el sentimiento de verdaderas superioridades humanas: la una democracia en la cual la supremacía de la inteligencia y la virtud -únicos límites para la equivalencia meritoria de los hombres- reciba su autoridad y su prestigio de la libertad, y descienda sobre las multitudes en efusión bienhechora del amor.”

Democracia de la igualdad humana en libertad, pero no igualitarismo incalificado empobrecedor de todos, como él comenta: “Hoy sabemos que no existe otro límite legítimo para la igualdad humana que el que consiste en el dominio de la inteligencia y la virtud, consentido por la libertad de todos. Pero sabemos también que ese límite existe en realidad.”

El gran valor de este propósito no se tiene por la presencia inmediata, sino por la fe en un progreso, la entrega a un ideal lejano, pero seguro al que es meritorio entregar el propio esfuerzo sin la cortedad del interés inmediato. “La obra mejor es la que se realiza sin las impacencias del éxito inmediato; y el más glorioso esfuerzo es el que pone la esperanza más allá del horizonte visible; y la abnegación más pura es la que se niega en los presentes, no ya la comprensión del lauro y el honor ruidoso, sino aun la voluptuosidad moral que se solaza en la contemplación de la obra consumada y el término seguro.”

Es noble y justo reconocer la igualdad democrática estimulante, como disposición uniforme para suscitar las superioridades humanas. “De tal manera, más allá de esta igualdad inicial, toda desigualdad estará justificada, porque será la sanción de las misteriosas elecciones de la Naturaleza o del esfuerzo meritorio de la voluntad.”

Propio de este espíritu de vida en libertad es afirmar primeramente la independencia *interior* de la personalidad, la del criterio, como principalísima forma del respeto propio y recurriendo también a la concepción cristiana de la vida, en nuestra cultura, invoca las “superioridades morales”, “que todo espíritu superior se debe a los demás en igual proporción que los excede en capacidad de realizar el bien.” Siguiendo esta doctrina proclama la excelencia del amor al prójimo. “Por fortuna, mientras exista en el mundo la posibilidad de disponer dos trozos de madera en forma de cruz -es decir, siempre-, la humanidad seguirá creyendo que es el amor el fundamento de todo orden estable y que la superioridad jerárquica en el orden no debe ser sino una superior capacidad de amor”, defendiendo como principio democrático “una *aristarquía* de la moralidad y de la cultura”.

Esta amplitud comprensiva hacia los demás lleva la imposibilidad de comprender a los espíritus estrechos, pues se cae en lo abominable de las inferioridades cuando, en el círculo de la vida vulgar, manifiestan la limitación de un cerebro incapacitado para reflejar más que una parcial apariencia de las cosas.

La formación cultural elevada debe tener como lema en la vida “mantener la integridad de vuestra condición humana”, junto a “esa alta y aristocrática idea del reposo su concepción de la dignidad de la vida, el espíritu clásico encuentra su corrección y su complemento en nuestra moderna creencia en la dignidad del trabajo útil”. Como Cleanto que sacaba el agua de la fuente y movía la piedra de un molino, pero concedía tiempo a la meditación y trazaba, sobre la piedra del camino, las máximas oídas a Zenón.

Este reconocimiento de valor también al trabajo materialmente útil le lleva a considerar la grandeza titánica admirable, no imitable del todo, que corresponde a la América del Norte. “Por mi parte, ya veis que, aunque no les amo, les admiro. En primer término por su formidable capacidad de *querer*, y me inclino ante ‘la escuela de voluntad y de trabajo’ que ellos han instituido.” Son sus capacidades, el entusiasmo, la vocación de acción y la voluntad con sus manifestaciones de originalidad y de audacia.

Pero no se corresponde con el ideal ariético de Atenas, porque “la idealidad de lo hermoso no apasiona al descendiente de los austeros puritanos. Tampoco le apasiona la idealidad de lo verdadero. Menosprecia todo ejercicio del pensamiento que prescinda de una inmediata finalidad, por vano e infecundo.”

En el ambiente de la titánica potencia del Norte, se impone “la influencia política de una plutocracia representada por los todopoderosos aliados de los *trusts*, monopolizadores de la producción y dueños de la vida económica” como uno de los rasgos más mercedores de interés en la actual fisonomía de ese gran pueblo. “El exclusivo cuidado del engrandecimiento material -número de aquella civilización- impone así la lógica de sus resultados en la vida política, como en todos los órdenes de la actividad, dando el rango primero al *struggle for life* osado y astuto, convertido por la brutal eficacia de su esfuerzo en la suprema personificación de la energía nacional.”

Propio de este pueblo es la moral del utilitarismo, vacío de todo contenido ideal, la vaguedad cosmopolita, y la nivelación de la democracia bastarda, hasta su último triunfo. Para sus modos triunfantes, “inútil sería tender a convencerles de que la obra realizada por la perseverante genialidad del arya europeo, desde que, hace tres mil años, las orillas del Mediterráneo, civilizador y glorioso, se ciñeron jubilosamente la guirnalda de las ciudades helénicas; la obra que aun continúa realizándose y de cuyas tradiciones y enseñanzas vivimos, es una suma con la cual no puede formar ecuación la fórmula *Washington más Edison*. Ellos aspiraron a revisar el Génesis para ocupar la primera página.”

No todo es rechazable en el esfuerzo norteamericano para conseguir el bienestar material. “Sin el brazo que nivela y construye, no tendría paz el que sirve de apoyo a la noble frente que piensa. Sin la conquista de cierto bienestar material es imposible, en las sociedades humanas, el reino del espíritu” ... “La historia muestra en definitiva una inducción recíproca entre los progresos de la actividad utilitaria y la ideal.” De tal modo que “La obra del positivismo norteamericano servirá a la causa de Ariel, en último término.”

La grandiosa plenitud del modelo ariético, con el culto a la belleza, la potente fuerza del pensamiento descubriendo la verdad, la excitante fuerza de la voluntad hacia el bien cultural de los hombres y de las sociedades, tiene que reconocer también cuanto hay de grande en el modelo cultural utilitarista y su imposición de la plutocracia, con su encendida defensa de la libertad. “Desconocer sus defectos no me parece tan insensato como negar sus cualidades. Nacidos con la *experiencia innata* de la libertad, ellos se han mantenido fieles a la ley de su origen, y han desenvuelto, con la precisión y la regularidad de una progresión matemática, los principios fundamentales de su organización, dando a su historia una consecuente unidad que, si bien ha excluido las adquisiciones de aptitudes y méritos distintos, tiene la belleza intelectual de la lógica.” “Suya es la gloria de haber revelado plenamente la grandeza y el poder del trabajo; ... y que hoy identificamos con la más alta expresión de la dignidad humana, fundada en la conciencia y la actividad del propio mérito.”

No cabe duda que esta consideración de reconocer tan fuertemente la grandeza del trabajo que enaltece sin duda la dignidad humana y el respeto mantenido a la libertad, son aspectos admirables en los pueblos que lo cultivan y todo ello habría que actualizarlo en los modos de estos pueblos, cien años después de que se escribiera *Ariel* con las aportaciones, intervenciones y creaciones en muy diferentes ámbitos de la presencia de esa potencia titánica, con sus defectos y sus glorias, en la historia planetaria del siglo XX. Y como últimas alusiones, me parece oportuno añadir el reconocimiento del ciudadano libre: “Sin sacrificarle esa soberana concepción del individuo, han sabido hacer al mismo tiempo, del espíritu de asociación, el más admirable instrumento de su grandeza y de su imperio; y han obtenido de la suma de las fuerzas humanas, subordinadas a los propósitos de la investigación, de la filantropía, de la industria, resultados tanto más maravillosos, por lo mismo que se consiguen con la más absoluta integridad de la autonomía personal”, consiguiéndolo porque “tienen el culto pagano de la salud, de la destreza; templan y afinan en el músculo el instrumento preciso de la voluntad.”

5. Encomio

Con la emoción, admiración de mi primera lectura de *Ariel*, vuelvo a rendir un homenaje, elevar un canto de alabanza al ilustre escritor, insigne pensador y promotor de entusiasmo juvenil para la creación grandiosa.

Es admirable la fuerza personal y la riqueza de estilo de José Enrique Rodó en su espléndida obra *Ariel*. Aquí plasma su inmensa erudición de cultura antigua, de abundante lectura de múltiples escritores, literatos y filósofos, asimilándolo todo con su impronta personal y bella en su propia comprensión para lograr una creación literaria espléndida, cargada de pensamiento antropológico, social y cultural, que lanza a sus lectores hacia la acción exigente y grandiosa.

No intento, pues, un estudio profundo ni un tratado extenso acerca del rico y fecundo mensaje de *Ariel*. Me agrada que quedase como una loa, una oda conmemorativa de un glorioso acontecimiento, una congratulación de cuantos podemos disfrutar de tan espléndida donación y una invitación al goce y al apremio a que la obra rodoana nos convoca y nos estimula con una creencia firme, una entrega entusiasta y una acción realizadora de grandezas. Gloria a su autor, larga vida y penetración fecunda del espíritu arielico en la juventud de la latinidad, cerrando estas palabras con las de máxima oratoria persuasiva, tomadas del libro que comentamos: “Gran civilización, gran pueblo -en la aceptación que tiene valor para la historia- son aquellos que, al desaparecer materialmente en el tiempo, dejan vibrante para siempre la melodía surgida de su espíritu y hacen persistir en la posteridad su legado imperecedero.”